

CAMINO DE LIORNA A FLORENCIA.

Toma mo sun veturino que nos llevase de Liorna á Florencia. Este era entonces casi el único modo de comunicacion entre las dos ciudades (1). Hay un carruaje público que hace el camino, pero mas feliz que el filósofo griego nos puede dar la prueba.

Esta inaccion de la diligencia depende de una especie de ánimo popular tan extendido en Toscana que los diferentes gobiernos que allí se han sucedido jamás han podido borrar ese antiguo barniz güelfo esparcido por todas partes. Todavía hoy no solo los individuos sino tambien los palacios y los barrios tienen la opinion de que las troneras planas son güelfas y las troneras vacías gibelinas.

Siendo los veturinos la expresion del comercio popular, y las diligencias el resultado de la industria aristo-

(1) Despues de escrito esto por Dumas, se ha construido un magnifico camino de hierro de Liorna á Florencia, donde se llega en muy poco tiempo.

crática, naturalmente los veturinos han vencido á las diligencias, y porque el gobierno siempre guiado por el espíritu democrático que quiere el bienestar del mayor número las ha impuesto tales condiciones, que al cabo de cierto tiempo las empresas no han podido sostenerse.

Además las diligencias salen á hora fija, y aguardan los viajeros; los veturinos salen a todas horas y van tras de los parroquianos. Son los cocheros de alquiler que se estacionan en ciertos puntos para hacer viajes á las provincias. Apenas se ha puesto el pié fuera de la lancha que le lleva á uno desde el buque de vapor al puerto, cuando se ve asaltado, rodeado, acometido, aturdido, sofocado por veinte cocheros que le miran á uno como una mercancía le tratan como tal en consecuencia, y concluirían por cargarlo á uno al hombro si se les dejase. Así que ha habido familia que habiendo sido separada en el puerto de Liorna, no ha podido reunirse sino en Florencia. En vano se mete uno en un coche de alquiler; saltan á la trasera, encima, y en la puerta del hotel se encuentra uno como en el puerto en medio de diez ó doce tunantes que gritan á cual mas porque han estado aguardando.

Es bueno decir que se va á Liorna para algun negocio de comercio y que se piensa pasar allí ocho dias. Preciso es, en consecuencia, pedir al guarda del hotel delante de aquellos honrados industriales de que quiere uno desembarazarse, si tiene un cuarto libre para una semana. Entonces le creen á uno algunas veces, abandonan la presa que cuentan volver á coger mas tarde, y se vuelven á todo correr para atrapar á otro viajero y dejar á uno libre.

Esto no quita que al salir una hora despues se encuentren uno ó dos centinelas á la puerta. Estos son los favoritos del hotel : han sido avisados por el mozo, á que han dado una propina, de que no es dentro de ocho dias cuando uno se marcha sino en el mismo dia ó al siguiente.

Es preciso apresurarse á volver á entrar con estos. Si se tuviese la imprudencia de salir con ellos, cincuenta de sus camaradas acudirian á sus gritos y volverian á comenzar la escena del puerto.

Piden diez piastras por carruaje : ; sesenta francos por andar diez y seis leguas ! es preciso ofrecerles cinco y todavía con condicion de que se han de cambiar tres veces los caballos y que no han de cambiar de carruaje. Gritarán , se les despide. Al cabo de diez minutos entra uno por la ventana y se ajusta en treinta francos.

Arreglado este precio es uno sagrado para todo el mundo. En cinco minutos se extiende la noticia de que está uno *arreglado* ; entonces puede ir uno á donde le da la gana, todo el mundo le saluda y le desea un buen viaje : creeriase uno en medio del pueblo mas desinteresado de la tierra. A la hora dicha el *legno* está á la puerta. En Italia la palabra *legno* se aplica á todo lo que trasporta ; así una lancha , una carretela de seis caballos, un carreton, un barco de vapor se llama *legno*. *Legno* es lo mismo que *robba*, *legno* y *robba* son el fondo de la lengua. El *legno* es un infame carreton, pero no hay que reparar en ello, no hay otros en las cocheras del *padrone*. Además, no se iria mejor en la diligencia. La cuestion de que se necesita ocuparse es la de la *buona mano*, es decir, la propina para echar un trago.

Este es el gran negocio que necesita tratarse prudentemente. De la propina depende el tiempo que se ha de tardar en el viaje ; este tiempo varia al arbitrio del cochero de seis á doce horas. Un príncipe ruso amigo nuestro que habia olvidado hacerse enterar de esto, tardó veinte y cuatro horas en el camino y pasó una noche muy mala.

Esta es la historia ; despues volveremos á hablar en seguida de la *buona mano*.

El príncipe C... habia llegado con su madre y un criado alemán á Liorna. Como todo viajero que llega á Liorna, habia buscado inmediatamente los medios de salir de allí lo mas pronto posible. Como hemos dicho, los medios vienen á buscarle á uno ; no se trata mas sino de saber hacer uso de ellos.

Los veturinos habian sabido por los *fachini* que habian llevado los equipajes, que tenian que habérselas con un príncipe. En su consecuencia le pidieron doce piastras en lugar de diez : y él por su parte, en lugar de ofrecerles cinco les respondió :

— Bueno, os daré las doce piastras, pero no quiero fastidiarme á cada parada con los cocheros, y os encargais de la *buona mano*.

Va b ne, contestó el veturino.

En consecuencia, el príncipe C... habia dado sus doce piastras y el *legno* habia partido al galope llevándole á él y á toda su *robba*.

Eran las nueve de la mañana, y segun sus cálculos el príncipe debia estar en Florencia hácia las tres ó las cuatro de la tarde.

A un cuarto de legua de Liorna, los caballos se habian alojado naturalmente y habian tomado el paso.

El cochero se habia puesto á cantar sobre el pescante, no interrumpiendo sus canciones sino para hablar con sus conocidos; pero bien pronto, como se habla mal andando, se detuvo cuantas veces tuvo ocasion de hablar.

Toleró este proceder el príncipe durante una media hora ó tres cuartos de hora: pero al cabo de este tiempo, calculando que habian andado casi una milla, sacó la cabeza por la portezuela gritando en el mas puro toscano:

— *Avanti! avanti! tirate via.*

— ¿Cuánto dareis de *buona mano*? preguntó el cochero en el mismo idioma.

— ¿Qué me hablais de *buona mano*? dijo el príncipe, he dado doce piastras á vuestro amo, á condicion que se encargaria de todo.

— La *buona mano* no es cosa de los amos, respondió el cochero. ¿Cuánto dareis de *buona mano*?

— Ni un cuarto, ya lo he pagado.

— Pues entonces, si quiere S. E., iremos al paso.

— ¿Cómo que iremos al paso? vuestro amo se ha comprometido conmigo á ponerme en seis horas en Florencia.

— ¿Dónde está el papel? preguntó el cochero.

— ¿El papel? pues qué, ¿es necesario para eso hacer un papel?

— Ya veis que si no teneis un papel no podeis obligarme.

— ¿Que no puedo obligarte? dijo el príncipe.

— No, excelencia.

— Pues bien, ahora lo vamos á ver.

— Ahora lo vamos á ver, repitió tranquilamente el cochero, y puso su ganado al paso.

— ¡Frantz! dijo en sajón el príncipe á su criado; baja y dále una paliza á ese tunante.

Frantz bajó del carruaje, y sin hacer la menor objecion, sacó al cochero del pescante, le zurró con toda la gravedad alemana, le volvió al pescante, y despues, enseñándole el camino:

— *Vor waestes*, le dijo, y volvió á sentarse cerca de él.

El cochero volvió á ponerse en camino, únicamente que anduvo un poco mas lentamente que antes.

Se causa uno de todo, hasta de pegar á un cochero. Convencido el príncipe que de una manena ó de otra concluiría por llegar, aconsejó á su madre que durmiese, y arrellanándose en un rincón del coche, la dió el ejemplo.

Seis horas gastó el cochero para ir desde Liorna á Pontedera: cuatro horas lo mas era lo que se necesitaba. Despues, llegado á Pontedera, invitó al príncipe á que bajase, anunciándole que era preciso cambiar de carruaje.

— Pero, dijo el príncipe, yo he pagado doce piastras á vuestro amo con expresa condicion de que no cambiaria de carruaje.

— ¿Dónde está el papel? preguntó el cochero.

— ¡Bribón! si sabes que no lo tengo.

— Pues bien, si no teneis papel, se cambiará de carruaje.

Gran gana tenia el príncipe de sacudir aquella vez al cochero por sí mismo; pero vió en las trazas de los que rodeaban el coche que no seria prudente hacerlo. En su consecuencia bajó del legno: echaron su equipaje al suelo, y al cabo de una hora casi le trajeron una mala

carreta dislocada y dos caballos que apenas podían tenerse en pié.

En cualquiera otra circunstancia el príncipe, que es generoso á la vez como un gran señor ruso y un artista francés, hubiera dado un luis á los postillones; pero se le había metido en la cabeza que ceder era un mal ejemplo, y se obstinó en no darlo. Subió, pues, en su carreta, y como el nuevo cochero estaba prevenido de que no había *buona mano*, echó á andar al paso en medio de las risas y casi de los silbidos de todos los concurrentes.

Esta vez eran tan miserables los caballos, que hubiera sido caso de conciencia que fuesen mas que al paso.

Gastó el príncipe, pues, otras seis horas desde Pontedera á Empoli.

Al llegar á Empoli, el cochero paró su carruaje y se acercó á la portezuela.

— ¿Duerme aquí S. E.? dijo al príncipe.

— ¡Cómo que si duermo! ¿Estamos en Florencia?

— No, excelencia, estamos en Empoli, una lindísima población.

— Yo he pagado doce piastras á tu amo para ir á dormir á Florencia y no á Empoli, é iré á dormir á Florencia.

— ¿Dónde está el papel, excelencia?

— Véte al diablo con tu papel.

— ¿Vuestra excelencia no tiene papel?

— No.

— Bien, dijo el cochero volviéndose á subir en su pescante.

— ¿Qué dices? le gritó el príncipe.

— Digo que bien, respondió el cochero dando un latigazo á sus sardinas.

Y por la primera vez desde Liorna se sintió llevado el príncipe al pequeño trote. Parecióle de buen presagio el paso, y sacó la cabeza por la portezuela.

Las calles estaban llenas de gente y las ventanas iluminadas; era la fiesta de la Madona de Empoli, que pasa por ser muy milagrosa. Al pasar por la plaza vió que bailaban.

Hallábase el príncipe ocupado de aquellas gentes, de aquella iluminacion y de aquellos bailes, cuando de repente vió que entraban bajo una especie de bóveda: detuvo el paso el carruaje.

— ¿Dónde estamos? preguntó el príncipe.

— En la cochera de la posada, excelencia.

— ¿Porqué en la cochera?

— Porque será mas cómodo para cambiar de caballos.

— Vamos, vamos, despachaos, dijo el príncipe.

— *Sabito*, respondió el cochero.

Sabia el príncipe que hay ciertas palabras de que es preciso desconfiar en Italia, atendido á que significan todo lo contrario de lo que se promete. Sin embargo, viendo que desenganchaban los caballos, echó los cristales del coche y aguardó.

Al cabo de media hora de esperar, bajó los cristales y se asomó á la portezuela del carruaje.

— ¡Y bien! dijo. Nadie respondió. ¡Frantz! gritó el príncipe, ¡Frantz!

— Monseñor, respondió Frantz despertándose sobresaltado.

— ¿Dónde diablos estamos?

— ¿Cómo que no sabes nada?

— No, me he dormido y me despierto.

— ¡Oh Dios! exclamó la princesa, estamos en una caverna de ladrones.

— No, dijo Frantz, estamos en una cochera.

— Y bien, abre la puerta y llama á alguno, dijo el príncipe.

— La puerta está cerrada.

— ¿Cómo cerrada? exclamó á su vez el príncipe saltando del carruaje.

— Miradlo vos mismo, monseñor.

El príncipe sacudió con todas sus fuerzas la puerta que estaba perfectamente cerrada. Llamó el príncipe á voz en grito; nadie respondió. Buscó una piedra para derribar la puerta: no había piedras.

Como el príncipe antes que todo era un hombre de gran sensatez, después de haberse asegurado de que no podían ó no querían oírle, resolvió sacar el mejor partido de aquella posición, echó los vidrios, preparó á todo evento sus pistolas, dió las buenas noches á su madre, y puso sus piernas en la banqueta de delante. Frantz había hecho otro tanto en el pescante: solo la princesa se quedó con los ojos abiertos, creyendo que habían caído en alguna emboscada de malhechores.

Pasóse la noche sin alarma. A las siete de la mañana se abrieron las puertas de la cochera, y un veturino se presentó á la puerta con dos caballos.

— ¿No hay aquí viajeros para Florencia? preguntó el veturino con un tono de perfecta honradez y como si hiciese una pregunta enteramente natural.

Abrió el príncipe la portezuela, y saltó del carruaje

con intención de ahogar al que le hacía aquella pregunta: pero viendo que no era el mayoral del día anterior, pensó que podría castigar al bueno por el malo, al menos al inocente por el culpable. Se detuvo.

— ¿Dónde está el cochero que nos ha traído aquí? preguntó pálido de cólera, pero con la mayor sangre fría aparente, y respondiendo á una pregunta con otra pregunta.

— ¿Pepino, querrá decir V. E.?

— El cochero de Pontedera.

— Pues bien, ese es Pepino.

— Pues entonces, ¿dónde está Pepino?

— Ya está de retorno en su casa.

— ¿Cómo de retorno en su casa?

— Sí, sí, como era fiesta en Empoli, hemos bebido y bailado juntos toda la noche, y esta mañana á la una me ha dicho: Gaetano, vas á coger los caballos é ir á buscar á dos viajeros y á su criado que están en la cochera de la Cruz de Oro: todo está pagado excepto la *buona mano*. Entonces yo le he preguntado cómo es que los viajeros habían preferido pasar la noche en la cochera en lugar de un cuarto. A esto Pepino me ha dicho que eran Ingleses, y que han tenido miedo que no les dieran sábanas limpias, y mejor han querido acostarse en su coche. Como yo sé que los Ingleses son estafalarios, no me ha extrañado. Entonces me he echado un *fiasco* al colete, he ido á buscar mis caballos, y aquí estoy para servirlos. Si aun es temprano volveré.

— ¡No, por vida de!... dijo el príncipe, enganchad y no perdamos un minuto: hay una piastra de *buona mano* si en tres horas estamos en Florencia.

— ¿En tres? dijo el veturino, no se necesita tanto.

En el momento en que hay una piastra de *buona mano*, espero que en dos estaremos allí.

— Dios os oiga, buen hombre, dijo la princesa.

El cochero cumplió su palabra; el príncipe salió á las siete de Empoli y á las nueve se apeaba en la plaza de la Trinidad.

Habia empleado justamente veinte y cuatro horas para ir de Liorna á Florencia.

El primer cuidado del príncipe despues de haberse desayunado, porque ni él ni su madre habian probado bocado desde la vispera por la mañana, fué el ir á dar su queja.

— ¿Teneis un papel donde constase la obligacion? preguntó el jefe del *buon governo*.

— No, dijo el príncipe.

— Pues bien, os aconsejo que dejéis las cosas tal como están: únicamente otra vez no deis mas que cinco piastras al amo y una y media á los cocheros. Tendreis una economia de cinco piastras y media y llegareis diez horas mas pronto.

Desde aquel tiempo el príncipe no ha dejado ni una sola vez de seguir el consejo del presidente del *buon governo*, y le ha salido perfectamente. La moral de todo esto es que al salir de Liorna es preciso sacar el reloj, ponerlo á vista del cochero y decirle:

— Hay cinco *paoli de buona mano* si estamos dentro de dos horas en Pontedera.

Allí se llegará á las dos horas.

Se usará del mismo procedimiento al salir de Pontedera y de Empoli, y en seis horas y media á mas tardar se llegará á Florencia: tomando la posta se gastarian dos horas mas.

A la mitad del camino de Liorna á Florencia se levanta como un gigantesco hito la torre de *San Miniato al Tedesco*.

San Miniato al Tedesco es la cuna de la familia Bonaparte; de aquel nido ha salido esa bandada de águilas que han caido sobre el mundo: y ¡cosa extraña! á Florencia, es decir, al pié de *San Miniato al Tedesco*, los Napoleones, gracias á la hospitalidad fraternal del gran duque Leopoldo II, vienen todos á morir.

El último miembro de la familia Bonaparte que habitó *San Miniato al Tedesco*, fué un anciano canónigo, que murió, creo, en 1828, era un primo de Napoleón. Este hizo todo cuanto pudo para decidirle á dejar su canonicato y darle un obispado, pero lo rehusó constantemente. En cambio atormentó toda su vida al emperador para decidirle á canonizar á uno de sus antepasados: mas Bonaparte respondia todas las veces que se renovaba la peticion que ya habia un San Bonaparte y que era bastante un santo en una familia. No sabia en aquella época al dar la respuesta que habria un santo y un mártir al mismo tiempo.

Llegamos á la capital de Toscana á las diez de la noche. Nos apeamos en el hermoso hotel amurallado de Mad. Homber, y como contábamos detenernos algun tiempo en Florencia, al dia siguiente nos pusimos á buscar una casa.

El mismo dia encontramos una en donde estar á pupillaje situada en *Porta alla Croce*. Y mediante doscientos francos por mes, tuvimos un palacio, un jardin con madonas de Lucca de la Robbia, grutas con conchas, cenadores de laurel, una calle de limoneros, y un jardinero que se llamaba Demetrio. Todo esto sin contar

que desde nuestro balcon descubriamos por el lado mas pintoresco y encantador la basilica de *San Miniato*, los amores de Miguel Ángel.

Como se ve, no era caro.

FLORENCIA.

Durante los veranos Florencia se halla vacia. Encajonada sobre sus altas montañas, edificada sobre un rio que durante nueve meses no arrastra sino polvo, expuesta sin que nada pueda garantirla á un ardiente sol que reflejan las negruzcas piedras de sus calles y las blanqueadas paredes de sus palacios, Florencia, menos el *aria cattiva*, es, como Roma, una inmensa estufa desde el mes de abril al de octubre : así hay para todo dos precios : precio de verano y precio de invierno. No hay necesidad de decir que el precio de invierno es el doble del precio de verano; depende esto de que á fines del otoño un gran número de Ingleses de todas jerarquías, de todos sexos, de todas edades, y sobre todo, de todos colores, vienen á caer sobre la capital de la Toscana.

Habíamos llegado al principio del mes de junio, y todo se preparaba para las fiestas de San Juan. Fuera de esta existencia, en donde es natural que la ciudad quiera honrar á su patron, las fiestas son el gran negocio

de Florencia. Allí es siempre fiesta, media fiesta, ó cuarto de fiesta; en el mes de julio, por ejemplo, gracias al parto feliz de la gran duquesa, que se verificó el 10 ó el 12, y que por consecuencia se encontró colocado entre la fiesta de la Pascua de Pentecostés, no hubo mas que cinco dias de trabajo.

Habíamos llegado, pues, en buen momento para ver á los habitantes, pero malo para visitar los edificios, en atencion á que los dias de fiesta todo se cierra á las doce.

La primera necesidad que hay en Florencia, es el descanso. El placer mismo creo que entra despues de este, y es preciso que los florentinos se hagan cierta violencia para visitarse. Parece que cansada de sus largas convulsiones políticas, la ciudad de los Médicis no aspira mas que al fabuloso sueño de la *bella dormida de los bosques*. No hay mas que los campaneros que no descanzan ni de dia ni de noche. No comprendo cómo los pobres diablos no se mueren de trabajo; es un verdadero oficio de galeotes.

Hay en Florencia, no solo un hombre político muy célebre, sino tambien un hombre de mundo de mucho talento y á quien Napoleon llamaba un gigante en un entresuelo. Este es el conde de Fosombroni, ministro de Negocios extranjeros y secretario de Estado. Cada vez que le obligan á adoptar alguna innovacion, á alterar ó á hacer algun cambio de política, se contenta con sonreirse y responde tranquilamente: — *Il mondo va da se*: es decir, el mundo anda solo.

Tiene razon, para su mundo, porque su mundo es la Toscana, la Toscana en donde el único progresista es el gran duque. Así la oposicion que le hace el pueblo

es una oposicion extraña en los tiempos que corremos. Halla que su soberano es demasiado liberal para él, y retrograda quejándose contra las innovaciones que en su filantropia hereditaria establece.

En Florencia, en efecto, todas las mejoras sociales vienen del trono. El desagüe de las lagunas, la operacion del catastro, el sistema hipotecario, los consejos científicos y la reforma judicial, son ideas que emanan de él y que la ignorancia popular y la rutina democrática le han dado mucho trabajo para poderlas ejecutar. Ultimamente todavía esperaba arreglar los estudios universitarios al sistema francés que estaba reconocido como muy superior al modo usado en Toscana.

Los estudiantes se negaron á seguir los cursos con los nuevos maestros, y se dieron tan buena maña que las cosas quedaron como estaban antes.

Florencia es el Eldorado de la libertad industrial. En todos los países del mundo, aun en la república de los Estados Unidos, aun en la república de Suiza, aun en la república de San Marino, los relojes están sujetos á una especie de tiranía que los obliga á sonar casi al mismo tiempo.

En Florencia no es así. Dan la misma hora durante veinte minutos. Se quejaba de esto un extranjero á un florentino y le respondia imposible el toscano: — ¿Qué diablo de necesidad teneis de saber la hora que es?

Resulta de esta apatia, ó mas bien de esta facilidad de vivir, enteramente peculiar de Florencia, que excepto la fabricacion de sombreros de paja, que las jóvenes tejen andando por las calles ó viajando por los caminos, la industria y el comercio son casi nulos. Y no es culpa del gran duque, todo esto lo favorece ya con dinero,

ya con gracias. A falta de toscanos industriales ha llamado extranjeros que recompensa de sus esfuerzos industriales con dádivas y mercedes. Mr. Laredrel ha sido nombrado conde de Monte-Verboli por haber establecido una explotación de productos borácicos ó químicos. Mr. Benidof ha sido hecho príncipe de San Donato por haber fundado una manufactura de sedas. Y no hay que equivocarse, esto no es vender un título, se llama darlo y honrarlo noblemente por el bien de un país entero.

Compréndese que con esta falta de fábricas indígenas no se halla casi nada de lo que se tiene necesidad en casa de los comerciantes toscanos. Los almacenes que hay un poco bien surtidos y organizados en Florencia son franceses y llevan todos sus géneros de París. Todavía los elegantes florentinos se visten en casa de los mejores sastres franceses, y las elegantes florentinas en casa de la señorita Baudran.

Así es preciso en Florencia irlo á buscar todo, nada le sale á uno al encuentro : cada uno permanece en su casa, y cada cosa en su lugar. Un extranjero que no permaneciese mas de un mes en la capital de Toscana llevaria de ella una idea falsa.

Al primer aspecto parece imposible procurarse nada de lo mas indispensable, ó lo que se procura uno es malo ; solo á la larga se aprende, no por los habitantes del país, sino por los demás extranjeros que están mas tiempo en la ciudad, y entonces se sabe dónde se encuentra cada cosa. Al cabo de seis meses se saben todas las calles, y todo lo necesario, tanto que se deja ordinariamente á Toscana en el momento en que uno iba encontrándose ya bien. Resulta que cada vez que uno vuelve allí se encuentra mejor, y que al cabo de tres ó

cuatro viajes concluye uno por gustarle tanto Florencia como una segunda patria, y muchas veces por vivir allí siempre.

La primer cosa que choca cuando se ve la actual ruina del comercio, es la falta de espíritu comercial que hizo de ella una de las repúblicas mas ricas y poderosas del mundo ; se busca sin poderse encontrar esa clase media ó industrial que puebla las calles de París y Londres. En Florencia no hay mas que tres clases : la aristocracia, los extranjeros y el pueblo. A la primera ojeada es casi imposible adivinar cómo se vive en este pueblo. En efecto, fuera de dos ó tres casas de particulares, la aristocracia gasta poco, el pueblo no trabaja ; en Florencia el invierno hace el gasto del verano. En el otoño, hácia la época en que aparecen las aves de paso, vienen bandadas de extranjeros, ingleses, rusos y franceses, y se dejan caer en Florencia. Florencia conoce esta época, abre las puertas de sus fondas, y sus casas de huéspedes. Allí hace entrar á todo el mundo revuelto, franceses, rusos, ingleses, y hasta la primavera, los despluma.

Lo que yo digo es al pié de la letra, y este cálculo es muy fácil de hacer. Desde el mes de noviembre á marzo, Florencia cuenta un exceso de poblacion de diez mil personas ; con que cada una de esas diez mil personas gaste en veinte y cuatro horas, tres pesetas solamente, y las pongo lo mas bajo, treinta mil pesetas corren diariamente por la ciudad. Esto es algo : además viven sesenta mil personas con esto.

En esto es una de las cosas en que se ve la gran solicitud del gran duque por su pueblo. Ha comprendido que el extranjero era una industria de fortuna para

Florenzia, y todo extranjero es muy bien recibido allí. El inglés con su taciturnidad, el francés con su indiscreción, el ruso con su reserva.

Llegado el 1.º de enero, el palacio Pitti, abierto todos los días á los extranjeros á cuya curiosidad ofrece sus magníficas galerías, se abre todavía una vez por semana por la noche para dar bailes espléndidos. Allí todo hombre á quien su embajador halla digno de la hospitalidad soberana, es presentado; y noble ó comerciante, industrial ó artista, es recibido con aquella benévola sonrisa que forma el carácter particular del rostro pensativo del gran duque. Presentado una vez, el extranjero está convidado para siempre, y entonces viene solo á aquellos soirées ó funciones reales, y esto con tanta libertad como podía ir á un baile público. Porque como es de etiqueta el no dirigir la palabra al gran duque, nadie toma la iniciativa de la palabra, y el invitado va, come, bebe y se marcha sin tener necesidad de hablar á nadie. Es decir, menos el pagar la entrada, como pudiera hacerlo en cualquiera fonda ó baile público.

Florenzia tiene dos aspectos: su aspecto de verano y el de invierno. Es preciso, pues, permanecer un año en Florenzia, ó pasar dos épocas opuestas para conocer la ciudad de las flores bajo su doble faz.

El verano en Florenzia es triste y casi solitario: desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde, la vigésima parte de su población apenas bulle bajo un sol que cae á plomo por sus calles, con puertas y con ventanas cerradas: creeriase que era una ciudad muerta, y visitada únicamente por verse como el Herculano y Pompeya. A las cuatro baja el sol un poco, las sombras caen sobre las ardientes piedras, y á lo largo de las paredes

enrojecidas, alguna ventana se entreabre tímidamente para recoger algún soplo de la brisa. Las grandes puertas se abren, las carreteras se ven pobladas de mujeres y niños que se dirigen hácia las *Cachinas*. Los hombres en general, van aparte, en tilburi, á caballo ó á pié. Las *Cachinas*, yo escribo la palabra como la pronuncio, son el bosque de Boloña de París, el Prado de Madrid, menos el polvo, y además el fresco.

Se va allí por la puerta del Prato siguiendo una campiña de una media legua casi, plantada de hermosísimos árboles. Al final de aquella campiña se encuentra un casino perteneciente al gran duque. Delante de aquel casino hay una plaza que se llama la Piazzone. Cuatro calles van á dar á aquella plaza que presenta á los coches salidas cómodas.

Las *Cachinas* forman dos paseos, el paseo de verano y el de invierno. En el de verano se pasea por la sombra, y en el de invierno al sol. En el verano en el Prato, en el invierno en el Longo Arno.

Uno y otro de estos dos paseos son esencialmente aristocráticos; allí no se presenta nunca el pueblo. Una de las cosas particulares todavía en Toscana, es esa distinción de categorías que las clases inferiores mantienen con cuidado, lejos de tratar como en Francia de extinguir.

El paseo de verano es un gran prado de un tercio de legua de largo casi, y cien pasos de ancho, todo guarnecido por sus lados con una cortina de grandes árboles que interceptan enteramente los rayos del sol. Estos árboles, que se componen de encinas verdes, de pinos, de acebuches y enormes hiedras, son los mas hermosos que jamás he visto, aun en los bosques de Francia y

Alemania : allí hay una multitud de liebres y faisanes que se pasean mezclados con las gentes, y entre estos se reconoce á los cazadores. Estos apuñtan á la caza con sus bastones.

En medio de toda aquella gente, y rodeado por los que no le conocen, vestido con una sencillez extrema, se pasea el gran duque acompañado de su mujer, de sus dos hijos, de su hermana, y de la gran duquesa viuda : otras dos ó tres niñas muy hermosas que componen el resto de la familia andan saltando alegremente bajo el cuidado de sus ayas.

El gran duque es un hombre de cuarenta á cuarenta y dos años, tiene ya los cabellos encanecidos por el trabajo, porque el gran duque, toscano de corazón, pero alemán en el alma, trabaja de ocho á diez horas al día. Lleva habitualmente la cabeza un poco baja hácia el pecho, y cada diez pasos la levanta para saludar á los que pasan. A cada saludo, su rostro tranquilo y pensativo se ilumina con una sonrisa llena de benevolencia. Esta sonrisa es peculiar suya, no se ha visto mas que en él.

La gran duquesa le da ordinariamente el brazo. Su vestir es sencillo, pero siempre elegante. Es una princesa de Nápoles, graciosa como lo son en general las princesas de la casa de Borbon, y que seria hermosa en todas partes, porque su belleza no tiene tipo particular. Es una cosa buena y distinguida ; sus espaldas y sus brazos sobre todo, podian servir de modelo á un estatuario.

Las dos jóvenes princesas vienen detrás, hablando siempre con la gran duquesa viuda que ha formado su educación, ó con su tia. Son hijas de su primer matri-

monio, lo que se ve fácilmente porque la gran duquesa parece hermana mayor de ellas. Tienen las dos esa hermosura alemana cuyo carácter principal es la dulzura. Únicamente el talle débil de la mayor suscita algunos temores, dicen, al cuidado paternal. Pero Florencia es una buena y dulce madre : Florencia la mecerá tan bien á su dulce sol que la curará.

Hay algo de interesante y patriarcal en ver á una familia soberana mezclada así con el pueblo, deteniéndose á cada veinte pasos para hablar con los padres y para abrazar los niños. Esta vista me recordaba á nuestra pobre familia real encerrada en su castillo de las Tullerías como en una prision, temblando cada vez que salia el rey, á la idea de que sus negros caballos, por rápidos que sean, podrán no volver sino con un cadáver.

Mientras que se pasea, los carruajes aguardan en las calles adyacentes. Hácia las seis cada uno vuelve á subir en el suyo, y los cocheros toman por sí mismos y sin que se les diga á dónde, el camino de Piazzone, y allí se detienen aun sin necesidad de que les siga coche alguno.

Es que el Piazzone de Florencia ofrece lo que no ofrezca tal vez ciudad alguna, y es una especie de tertulia al aire libre, donde cada cual recibe y hace sus visitas. No hay que decir que los visitantes son hombres : las mujeres permanecen en los carruajes : los hombres van del uno al otro, hablando á la portezuela, estos á pié, aquellos á caballo, algunos mas intimos subidos sobre el estribo.

Allí es donde se arreglan las intriguillas de la vida, donde se echan las ojeadas, donde se dan las citas.

En medio de todos aquellos carruajes pasan las floreras echando ramos de rosas y violetas, de que al día

siguiente por la mañana irán al café á pedir el precio á los hombres presentándolos un jacinto. Además, llegado este día siguiente paga el que quiere : las flores no son caras en Florencia : Florencia es el país de las flores. Preguntádselo sino á Benvenuto Cellini.

Allí se está hasta las ocho. A las ocho se levanta una ligera niebla del fondo del prado. Aquella niebla es el origen de todo mal : encierra la gota, el reumatismo, la ceguera : sin aquella niebla los florentinos serian inmortales. Así han sido castigados por el pecado de nuestro primer padre. Así á la vista de aquella niebla se dispersa cada grupo, se interrumpe cada conversacion, echa á andar cada carruaje, y solo quedan tres ó cuatro carretelas de extranjeros que no siendo del país no conocen aquella terrible nieblecilla, ó que si la conocen no tienen miedo.

A las nueve los rezagados dejan el Piazzone y dan su vuelta hácia la ciudad. A la puerta del Prato hallan una segunda tertulia : la niebla no llega hasta allí. Desde la puerta del Prato se la desafía, se hace huir de ella : el calor que el sol ha comunicado á las piedras de las murallas, y que conservan una parte de la noche, la rechaza. Allí se permanece hasta las diez y media. Únicamente á las diez la gente arreglada se retira. A las diez se baja el puente levadizo, y es preciso dar dos reales para hacerlo levantar.

A las once casi siempre los florentinos están ya en su casa, á menos que no haya funcion en casa de la condesa de Mencini. Solo los extranjeros recorren la ciudad á la luz de la luna hasta las dos de la madrugada.

Pero si hay funcion en casa de la condesa Mencini, todo el mundo va allí.

La condesa Mencini ha sido una de las mujeres mas hermosas de Florencia, y todavía es una de las de mas talento : es una Pandolfini, es decir, una de las mas grandes damas de la corte de Toscana. El papa Julio II regaló á uno de sus abuelos su lindo palacio edificado por Rafael. En este palacio habita, y en el jardín contiguo da sus funciones. Se verifican en los cuatro domingos de julio. Todo el mundo lo sabe, todo el mundo las aguarda, todo el mundo se prepara; tanto que de grado ó por fuerza tiene que darlas : habria un motin si no las diese.

Estas cuatro funciones de noche son las mas lindas funciones que pueden verse. Figuraos un delicioso palacio, ni muy grande ni muy pequeño, como cada uno de nosotros quisiera tener uno, ora sea príncipe ó artista, amueblado con perfecto gusto, con los mas exquisitos muebles de capricho que hay en toda Florencia, iluminado *a giorno*, como se dice en Italia, abriéndose por todas partes y por todas sus ventanas sobre un jardín inglés, cuyos árboles en lugar de fruta llevan centenares de farolitos de colores. En los cenadores y bosquecillos de aquel jardín grupos de cantores ó instrumentistas, y en las calles quinientas personas paseándose, que van y vienen, alimentando un baile que se ve deliciosamente saltar á lo lejos, y una estufa llena de naranjos y camelias.

Fuera de algunos conciertos en la Filarmónica, algunos *soirés* improvisados para un aniversario ó nacimiento de casa patronal, algunas representaciones extraordinarias de ópera en la Pérgola, ó de prosa en la Cocomero, esta es Florencia en verano en cuanto á la aristocracia. En cuanto al pueblo tiene las iglesias,

las procesiones, los paseos al Parterre, y sus conversaciones en las calles y á las puertas de los cafés, que no se cierran ni de día ni de noche; advirtiéndose además que todas las gentes tienen un aire de fiesta, con un abandono de pereza y de buen vivir, aprovechando cada placer que pasa sin inquietarse por su duracion, y dejándolo como si lo hubiesen tomado para esperar otro. Oyóse una noche un gran estrépito. Dos ó tres músicos de la Pèrgola al salir del teatro habian tenido la idea de irse á su casa tocando un wals: la poblacion diseminada por las calles se habia puesto á seguirlos walsando: los hombres que no habian encontrado pareja walsaban con otros hombres: quinientas ó seiscientas personas tomaron así el placer del baile desde la plaza del Duomo hasta la puerta del Prato, donde vivia el último músico: habiendo entrado en su casa el último músico, los walsadores se volvieron agarrados del brazo, ante ndo el aire sobre el que habian walsado.

LA PERGOLA

Florençia presenta en el invierno un aspecto enteramente particular: es una ciudad de baños, menos las aguas. La temperatura se divide en dos fases muy distintas, y casi siempre perfectamente cortadas: se tiene un sol magnífico, ó llueve á torrentes. Este tiempo cubierto, nebuloso y húmedo, que forma el fondo de nuestra atmósfera tres ó cuatro meses del año, allí es desconocido.

Si hace buen dia, á la una todos los coches salen, menos los coches florentinos cuyos amos temen mucho las variaciones de invierno, y se dirigen á las *Cachinas*. No se echa de menos la ausencia de los florentinos, porque los coches extranjeros bastarian para el gasto cotidiano de Longchamps ó de los campos Eliseos. Unicamente en lugar de bajar al Prato y á la sombra, se deja á las liebres y á los faisanes aquel paseo demasiado frio y demasiado húmedo, y se baja á *Longo Arno*.

Longo Arno, como lo indica su nombre, es un paseo